

# ANALES

DE LA

# UNIVERSIDAD CENTRAL

[Organo oficial de la Universidad Central del Ecuador]

## DISCURSO

pronunciado el 12 del presente en la solemne apertura de la Universidad Central, por el Dr. C. M. Tobar y Borgoño

ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

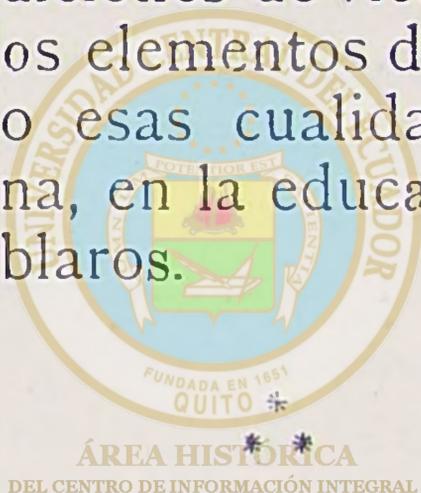
No considero como el cumplimiento de un deber éste de venir a saludaros al iniciarse el nuevo ciclo escolar que comienza hoy: cuando la Junta Administrativa de esta Universidad me designó para que os dijese que sois los bien venidos a los viejos claustros de nuestra vieja casona, acepté con gusto el honoroso encargo, pues él iba a darme ocasión de hablaros el primero, a vosotros los compañeros de labor, los que después de haber sacrificado años y más años para adquirirlo, generosamente, liberalmente, buenamente, sin esperar pagos ni recompensas, repartéis vuestro tesoro con los desheredados y con los que aún ca-

recen de pan, a vosotros, los triunfadores en la lid, los oficiales de la ciencia, los voceros de sus arcanos, los jefes del noble ejército del saber' el más noble de todos, y a vosotros los que aún camináis, los que aún batalláis, los que tendéis la vista hacia horizontes nuevos tras el sol de la verdad, los que dejando las dulzuras que proporciona el ocio, —ese placer tan latino y tan nuestro,—venéis a entregaros a las duras y constantes labores del estudio, vosotros los que desoyendo las tentadoras llamadas de juveniles placeres, el bullicio y la agitación, venéis a recojeros en el silencio universitario en pos de un goce menos atractivo, menos brillante y menos inmediato, pero que, sin embargo es, puedo asegurararos, más intenso y en todo caso más noble, el placer del espíritu que se aproxima a la verdad, que la presiente y que talvez hasta la alcanza.

Entre vosotros hallo amigos y conocidos, los que ayer, en anteriores años, tomasteis ya asiento en los bancos de nuestras clases; vosotros volvéis, estoy seguro de ello, confiados porque sois nuestros amigos y nuestros compañeros de investigación y de estudio y porque sabéis ya que hay calor y que hay afecto en estas clases que sólo a primera vista son frías y destartaladas; pero veo otros que llegan por primera vez, y, no obstante el natural temor a lo nuevo y a lo desconocido, leo también en sus rostros la confianza, y la leo, porque son jóvenes y tienen el alma sana y sienten vigor en el espíritu, porque la vida les ofrece por delante todo un ancho campo de aspiración, de ilusiones y esperanzas; porque lo tienen todo en sus manos a condición de ser perseverantes y tenaces y a condición de ser honrados.

Héme, pues, aquí entre vosotros, entre los amigos de ayer y los que por primera vez abraza hoy el ALMA MATER universitaria; a los unos y a los otros voy, porque a unos y a otros me envían los que ayer lucharon como vosotros vais a luchar, aquellos que por honrados, porseverantes y tenaces alcanzaron a ser los triunfadores: es el prestigio de ellos el que yo alego para presentarme ante vosotros, y es el mismo el que me da confianza para dirigiros la palabra con verbo que si no es brillante, al menos es sincero y confidente como debe serlo el que inspira la amistad y el compañerismo.

Perseverancia, tenacidad, honradez os he dicho son las condiciones de victoria, ellas mismas y no otras serán los elementos de vuestro triunfo de mañana, y como esas cualidades se resumen y condensan en una, en la educación, es de ella de la que voy a hablaros.



La educación no es la instrucción, y precisamente la confusión de estos dos conceptos ha sido fecunda en todo género de males en nuestros países sudamericanos: una y otra son de casta hidalga, pero la primera es más noble que la segunda; porque es la más difícil de adquirir, porque es renunciamiento y sacrificio, porque va contra todo aquello que la moral combate, y, además, porque es cultivo, es finura, es delicadeza, y el bípedo humano, hemos de confesarlo con franqueza, en su estado natural, en el primitivo, en aquel al cual tiende apenas la educación le deja de la mano, es tosco, brutal e impulsivo.

La instrucción da sus frutos de por sí; sus placeres son lentos y tardíos pero siquiera se dejan prever y al final se alcanzan por el propio esfuerzo, en tanto que la educación no tiene frutos sino en cuanto permite sentir el placer del bien, el placer de ser honrado y de ser cabal; es decir que el fin va en el medio, de modo que es imposible percibir aquel antes de conseguirlo. El placer inmediato de la educación es el más altruista de todos una vez que solo lo sentimos por retroceso, cuando los demás son educados, y, es por esto que para la vida social más útil es quizás la educación que la instrucción.

El árbol puede crecer fuerte y robusto aunque torcido e inclinado, la savia puede trepar vivificante y nutridora aunque el árbol se agache y tienda al suelo, aunque se retuerza sobre sí propio y se encorve, aunque empuje a los otros árboles, les quite la luz y les dispute el terreno: ¿de qué habrá así servido la fortaleza de esa planta, sino para hacer mayores los males causados por ella, más considerables los perjuicios y más difícil y costoso el remedio?

Cosa análoga ocurre con la educación: de qué sirve aquesta sin aquélla? La savia de la ciencia y del saber mal encaminada, sin la dirección de aquella, torcerá la planta humana y la robustecerá en su situación defectuosa, la impulsará hacia el suelo y la hará molesta, cuando no dañina y perniciosa para los demás, la hará incómoda, inelegante y antiestética; y es precisamente lo que vemos todos los días, porque, por desgracia, si en nuestros planteles de educación y sobre todo en los superiores, hacemos tal cual esfuerzo para instruir, nada hemos hasta aquí hecho para educar,

y así vemos a diario la inelegancia moral de nuestros educandos y de los que, por instruídos o tenerlos por tales, dejaron ya las aulas: vemos el egoísmo, la ambición y la egolatría endiosados y convertidos en ídolos mayores que todo lo gobiernan y dirijen; vemos la prostitución de las más nobles carreras, la injusticia de los encargados de defender la justicia, el prevaricato, la inmoralidad política, la abyección, la indignidad profesional, la incultura de los que más cultos debieron ser, el mercantilismo de la mayoría y la derrota final de los más.

El bajo nivel educativo se revela en todo, desde el plagio científico y la mentira social hasta la estúpida intolerancia de los que buenamente creen que quien no piensa como ellos piensan es un enemigo o un cretino digno del desprecio cuando no del odio; desde la engañifa de aquel con quien tratamos hasta la injusticia de los que nos juzgan; desde la trampa del acaudalado hasta la ratería del infeliz; desde la tiranía del superior hasta la insolencia del subordinado . . .

Bolívar, como Belgrano y como Bello creyeron que sólo la instrucción conseguiría el que nuestros pueblos se hiciesen merecedores de la forma de gobierno que les dieron o a la que contribuyeron con sus luces, y se equivocaron, porque no contaron con la educación. Si Rosas y Juárez, si otros tiranuelos de menor cuantía de esos que germinan en Centro América, fueron y son vergonzosamente ignorantes, otros de los grandes verdugos de este pobre girón latino del Globo fueron hombres sabios los unos, instruídos otros, lo cual no obstó para que no supiesen cumplir con su deber de magistrados justos. Los revolucio-

narios, esa gran plaga de sempiternos ambiciosos que se creen predestinados por una providencia de uso personal suyo para dirigir los destinos de la patria. ¿Por qué son revolucionarios y ambiciosos sino porque su carencia de educación les conduce a creerse superiores a los demás mortales, porque les lleva a la falta del freno del yo a causa del egoísmo e ignorancia del ineludible deber del respeto hacia los que nos rodean?

El afán de instruir y de sólo instruir que aquí tenemos nos ha impulsado a erigir el profesionalismo en la cima de la educación, en reducir ésta a aquella y en que se la haga consistir todavía en alcanzar un título cualquiera en cualquiera de esas fábricas de mendigos ilustrados y de proletariado intelectual, que llamamos universidades.

Este afán nos ha conducido al error de desatender la educación que se opera por el cultivo del corazón y del alma y que nos inspira el deber moral de cumplir con lo que nos cabe cumplir y con el de encerrarnos dentro de los límites de nuestro derecho estricto, nos ha empujado contra esa santa virtud que nos civiliza, levantándose al nivel de hombres, de racionales y de entes susceptibles de ser buenos, de ser dulces, de ser sociables; es esa educación, que creando en nosotros la conciencia de debernos a los demás y de crear el bien social, nos induciría a no abandonar la agricultura o la industria en donde somos productores y útiles, para ir a convertirnos en zánganos, de la sociedad, en chupadores de vida, en vampiros destructores del bienestar nacional, abrazando, quizá sin aptitudes ni afición, profesiones que imaginamos nobles y que son sólo el camino de vilezas sin término, de errores, de cobardías y que sin dar nada bueno de

sí han prostituído el alma de los que las abrazaron creyendo levantarse con ello. Es la educación la que salva a los instruídos de escalar a empellones un puesto que no les toca, de trepar sobre los hombros de los demás para pisotearles, para escupir sobre el débil, para robarle con argucias, para explotarle con la mentira científica a ciencia cierta de que es mentira, para enpujarle hacia el fangal que hemos hecho minero de nuestro bienestar.

Hemos visto hasta en documentos oficiales, emanados de los más altos poderes del Estado, quejas acerca de la crisis de inmoralidad que pesa sobre nuestra justicia y de la prostitución creciente de un ya considerable número de nuestros abogados, y ello, a no dudarlo, se debe en parte muy principal a la falta de educación, educación que no tratamos de inculcar a nuestros jóvenes por creerla extraña a un establecimiento superior, por más que le llamemos de educación. Y, con ello, la instrucción superior, cuando no ha sido enderezada por la iniciativa privada del educando, por sus propios esfuerzos, por su instinto y buena índole, se convierte, como todos los días tenemos ocasión de verlo, en fábrica de charlatanismo, de ociosidad profesional, de picardía ilustrada, de demagogia y de presunción titulada.

No aprendamos, pues, sólo la verdad teórica en las páginas de los libros o en los cursos universitarios; vayamos un poco más allá y para ello vengo a interesaros: aprendamos paralelamente a cultivarnos, a moderarnos, a suavizarnos, aprendamos a cejar en nuestros egoísmos irreflexivos e injustos, respetemos el derecho de los otros. Aprendamos a cumplir con nuestra palabra y con nuestros compromisos: inculquemos en nosotros

mismos la idea de que todo lo inmoral es antielegante, y, por ende, ineducado; que tan robo es el apoderarse de lo ajeno con engaño, como el que se comete con asalto en despoblado, que si el segundo está castigado por el código penal, aquél está reprobado por el código de honor. Aprendamos a refrenar nuestros instintos de bestia humana, la peor y la más cruel de todas; aprendamos a respetar lo respetable hállese donde se hallare, a disculpar la falta ajena, a callar ante la incorrección que vemos, a tolerar, a ceder, que todo eso es educación. Más pronto se llega a la civilización por los hábitos laboriosos y de dulzura, por la honradez y la cultura que por el saber abstracto y la erudición barata, que facilita la mentira y que conduce al engaño.

Nuestros planos universitarios no contienen nada que imponga educación; pero no importa: eduquémonos por nosotros mismos, cumpliendo nuestro deber, tomando conciencia de nuestros derechos y no aprovechando jamás de la flaqueza de los que nos rodean, llenemos por nosotros mismos esa laguna de nuestros planes educativos y sepamos lo que el deber nos obliga a cumplir aunque nadie nos fuerce a ello y aunque nadie nos mire.

Convenzámonos de que la mentira es mentira aunque vaya disfrazada de verdad, de que la injusticia es injusticia aunque se apoye en la ley, de que la bajeza lo es aunque sean muy altos los que la cometan; de que el honor se pierde no sólo con el crimen sino también con la simple incorrección. Seamos respetuosos de la dignidad humana, seamos benévolos, indulgentes, tolerantes, en una palabra seamos educados, es decir seamos civilizados, seamos buenos.